

EL ANTI-89

La gran concentración católica en París contra el recuerdo de la Revolución

En este su segundo centenario, todo han sido actos y discursos —más o menos oficiales— en memoria y exaltación de la Revolución Francesa. El régimen democrático-liberal hoy oficializado en el mundo reconoce así su origen en la gran rebelión contra Dios y su religión que constituyó la sangrienta revolución de 1789. Sin embargo, este coro de homenajes ha tenido su réplica el pasado día 15 en París por parte de los católicos de Francia y de toda Europa que se mantienen fieles a la Cristiandad y a la antigua monarquía.

El acto se concibió como un desagravio público al asesinato en la guillotina de Luis XVI, símbolo del antiguo orden católico, y de toda su familia. Miles y miles de católicos tradicionalistas se dieron cita ese día ante la columnata del Louvre para dar testimonio de su fe y de su lealtad. En el centro de la plaza se levantó un gran altar y en uno de sus extremos se instaló una cruz de madera y una guillotina en memoria del inmenso genocidio de católicos y monárquicos que anegó en sangre a Francia durante varios años.

La misa solemne fue oficiada en rito tradicional, con el oficiante de cara hacia Dios en el sagrario, y la inmensa multitud recibió la comunión de rodillas sobre el empedrado, distribuida por multitud de sacerdotes que se desplazaron por los corredores previamente establecidos. El espectáculo era de un gran colorido: cientos de banderas y estandartes eran portados por una muchedumbre enfervorizada que cantaba himnos religiosos y realistas. Los escudos de los antiguos países de Francia y pendones religiosos de antiguas cofradías lucían al sol de un día espléndido. Dominaban las lises de Francia y los sagrados corazones, enlazados bajo una cruz en las banderas de la Vendée, aquel último bastión de la monarquía frente a la Revolución que pagó con la masacre de todos sus combatientes.

A primera hora de la tarde se inició el desfile por las calles de París, que tanto podía considerarse una procesión religiosa como una manifestación antirrevolucionaria. No se oían, sin embargo, gritos, sino sólo himnos religiosos y monárquicos. Era como un renacer entusiasta de la vieja Cristiandad en su fe y en sus instituciones históricas. En medio del bosque de estandartes y gallardetes ondeaban banderas españolas y varios carlistas lucían boinas rojas y blancas con sus borlas doradas. A su paso recibían constantes aplausos del público y vivas a la España católica.

Por un momento el centro mismo de Europa vivió consciente la polarización entre dos sistemas antagónicos en el bierno de los pueblos: el orden milenario de la Cristianidad, que reconocía a Dios como supremo legislador, y el de la Revolución, que niega ese origen a las leyes humanas para situarlo en la voluntad de los hombres.

Las fuerzas del mal no pudieron por menos de reaccionar ante este testimonio: el cardenal judío y judaizante de París —Mons. Lustiger— prohibió que la procesión terminara en la catedral de Notre Dame, y los medios de comunicación oficiales hablaron de una concurrencia de siete mil personas, siendo así que el recorrido y desarrollo de la manifestación superó los cuatro kilómetros.

Haga Dios que esta jornada radiante no haya tenido sólo un carácter testimonial de lo que permanece, sino de aurora de lo que renace.

Rafael GAMBRA



¡Oh, Señor,
cuánto
te debo,
qué
bueno
fuiste
conmigo!

DESDE MI RINCON

ACCION de GRACIAS

Hoy he visto por el parque
a un lisiado en su carrito,
a un infeliz corcovado
y a un amigo paralítico.

También he servido a un ciego,
con gusto, de lazarillo
para atravesar la calle
sin tropiezos ni peligros.

Este mundo es, como vemos,
un hospital de impedidos
y un asilo de incapaces
o de humanos desperdicios.

Nadie está libre de achaques.
Hace un mes a un tío mío
le extirparon la laringe,
base de un tumor maligno.

Pensando yo en todo esto,
muy cuerdamente, me digo
que quienes no están tarados
ni de mente ni en lo físico
y, así y todo, se lamentan
de su suerte y su destino
es que, sin duda ninguna,
se están quejando de vicio.

Por eso, como a mi Dios,
pródigo, me ha concedido
una vida larga y sana,
favor del que no soy digno,
me complace proclamarlo,
porque es justo, a voz en grito:
¡Oh, Señor, cuánto te debo,
qué bueno fuiste conmigo!

Me diste dos buenas piernas
para andar pos los caminos
de este desquiciado mundo
cada día más impío.

Y dos manos vigorosas
para alzar a los caídos,
dar limosnas a los pobres
y acariciar a los niños.

Me has dotado de agudeza
para hacer versos y ripios
que los leerán mis nietos,
pues para ellos los escribo,
y, así, podrán acordarse
mañana de su abuelito
cuando él esté en mejor vida.

Me diste cinco sentidos,
uno de ellos defectuoso
por mi bien, el del oído,
que me priva de escuchar
blasfemias y desatinos.

Y un corazón para amar
a mi mujer y a mis hijos,
y a las plantas, y a las bestias,
e incluso a mis enemigos.

Y una excelente memoria
para no echar en olvido
los dones que tú me has dado
sin haberlos merecido.

¡Oh, Señor, cuánto te debo,
qué bueno fuiste conmigo!

Dr. CASO

(Viene de la página 7)

¿QUE BUSCAIS

bienes de la tierra y la destrucción progresiva del medio ambiente. Y tenéis razón. Hace falta emprender una acción coordinada y responsable, antes de que nuestro planeta sufra daños irreversibles.

Pero, queridos jóvenes, existe también una polución de las ideas y de las costumbres que pueden conducir a la destrucción del hombre. Esta polución es el pecado, del que nace la falsedad (...)

Queridos jóvenes: ¡Busquemos la Verdad en Cristo! en ¡su Iglesia! pero seamos coherentes, amemos la Verdad, vivamos la Verdad, proclamemos la Verdad: ¡oh, Cristo! ¡Enseñanos la Verdad! ¡Sé para nosotros la única Verdad!

MENSAJE del PAPA a la JUVENTUD
Monte del Gozo, Santiago de Compostela, 19-8-89